

MEDITACIÓN SOBRE LA RIQUEZA

"Nadie puede obedecer a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o apreciará al primero y despreciará al segundo. Es imposible servir a Dios y a las riquezas..." (Mt 6,24)

Una de las causas de la vigencia siempre actual del Evangelio es el hecho de no conformarse con las tendencias dominantes de la "opinión pública" o de las estadísticas. Paradójicamente, es también una de las causas de su poca efectividad visible en las mayorías.

Las intervenciones de Jesús en torno a las riquezas y el dinero están precisamente en esta línea. En los momentos en que las ideologías originadas en el capitalismo o en el marxismo privilegian lo económico y colocan el problema de la producción y distribución de la riqueza como la piedra de toque de su éxito histórico, las palabras de Jesús aparecen como extemporáneas y condenadas a ser admiradas pero no imitadas.

El recuento de las enseñanzas del Evangelio sobre la riqueza y los ricos no deja un balance optimista. Jesús no condena el dinero en sí. Esto está dentro de la orientación de su doctrina; El no condena ninguna realidad; condena o previene contra las actitudes del hombre ante las realidades. En el caso del dinero y la riqueza, sus advertencias son tan sistemáticas, que un cristiano se ve obligado a revisar todos sus criterios y actitudes "espontáneas" sobre la cuestión.

Para Jesús, la ambigüedad radical de las riquezas consiste en su tendencia a transformarse en "señor" del corazón humano (Mt 6,24). Este nuevo "dios" no deja lugar para otro. O servimos al Dios que libera o al dios que al enriquecer encadena a la tierra. Porque la opción entre Cristo y el dinero implica una visión de la vida y de la vocación humana. Servir al dinero es al mismo tiempo endiosar la tierra y pervertir el destino de sus bienes y del hombre que los utiliza. La advertencia de Cristo al respecto es clara: "No amontonéis riquezas"... son precarias y fútiles... pervierten el corazón y la orientación de la existencia... Pues donde están tus riquezas, ahí también está tu corazón" (Mt 6, 19-21).

Por eso Jesús es tan severo con los ricos. Su enseñanza sobre la liberación humana no consiste sólo en declarar bienaventurados a los pobres y herederos privilegiados del Reino. Hay también una advertencia y un llamado a los ricos. Incluso sorprende al leer el Evangelio el hecho que Jesús dedicó tantos o más discursos a los ricos que a los pobres, con un contenido igualmente liberador, aunque diferente.

Para un rico "es más difícil entrar en el Reino de Dios, que para un camello pasar por el ojo de una aguja" (Lc 18,24).

El que hace de la riqueza "su consuelo... después tendrá hambre.... y llorará de pena" (Lc 6, 24-25). Delante de Dios, "es un infeliz, un pobre, un ciego, un desnudo que merece compasión" (Apoc 3, 17)

En su discurso sobre la riqueza, Jesús, "para quien todo es posible" (Lc 18,27), y que "vino a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19,10), tiene una intención

salvadora. El rico debe convertirse, dejando de "amontonar" para sí mismo "en vez de hacerse rico ante Dios" (Lc 12, 21), y recobrando para su riqueza y su dinero el significado profundo según el criterio de Cristo.

Signo "del fruto de la tierra y del trabajo del hombre"

Estamos tan sumergidos en la civilización del "tener", que ya no sabemos cuál es el sentido cristiano del dinero: ser un signo de los bienes de este mundo, que Dios entregó al hombre para que los explotara y se repartieran entre todos. El dinero lo inventó el hombre, para hacer más fácil el traslado y la distribución de los bienes. De suyo, debería ser vehículo para hacer llegar a los que no tienen lo que sobra a los que tienen. El dinero debería estar al servicio de la justicia, facilitando la redistribución y la igualdad de los bienes.

De hecho, el dinero se convierte en la gran fuente de injusticia y desigualdad. Al transformarse en "señor del hombre", adquiere valor en sí mismo. Se pierde su relación de signo de los bienes de la tierra, de los que todos los hombres son dueños, sin excepción. Valor absoluto, el dinero se hace necesariamente fuente de poder, de explotación humana, de división.

La enseñanza de Jesús sobre la Providencia y la confianza en Dios, supone que el hombre respete el sentido cristiano de la riqueza. Cuando los hombres lo traicionamos convertimos la palabra de Cristo en una ilusión y en una blasfemia.

La petición de Jesús en el Padre Nuestro "danos hoy nuestro pan de cada día" (Mt 6,11, fracasa no por razón de que nos falten el amor y la justicia de Dios, que ya ha distribuido ampliamente el pan necesario para todos, sino por razón de los hombres "servidores de la riqueza", que lo acumulan en manos de pocos, "construyendo graneros cada vez más grandes para guardarlo y reservarlo" (Lc 12, 18) y arrebatándolo a los pobres...

La misma promesa de Jesús - absolutamente cierta - de "no andar preocupados pensando qué vamos a comer para seguir viviendo, o con qué ropa nos vamos a vestir..., ya que las aves del cielo no siembran, ni cosechan, ni guardan en bodegas, y el Padre celestial los alimenta... y por eso hará mucho más con nosotros..... que valemos más que las aves... y por lo tanto busquemos primero el Reino y su justicia y esas cosas vendrán por añadidura" (Mt 6,25-33) - queda reducida a retórica cuando el pecado de la injusticia institucionalizada conduce a millones de hombres a situaciones de miseria e inseguridad peor que las aves del cielo.

El dinero también es signo del trabajo del hombre. De sus sudores, de sus sacrificios y aún de su sangre. El capitalismo pervirtió esta significación, dando la primacía al lucro y poniendo el trabajo a su servicio. Ya no sabemos relacionar el dinero con el trabajo noble y duro de los campesinos, de los mineros, de los proletarios, o con el trabajo creador y agobiador de los intelectuales, el dinero se ha deshumanizado.

El dinero, signo "de los bienes de la tierra y del trabajo del hombre", en la perspectiva de Cristo, debería ser vehículo de fraternidad y reconciliación entre ricos y pobres, medio para restablecer la igualdad y la justicia rotas por la explotación del trabajo y el lucro en una civilización que adora la riqueza.

Para Cristo, los que tienen más sobre una tierra que es de Dios y por eso de todos, no son sino servidores fieles y prudentes... "constituidos para repartir el alimento a su debido tiempo" (Mt 24,45). Así como nadie es dueño absoluto de la tierra, nadie lo es del dinero. Este siempre se administra a nombre de Dios, como el poder y la autoridad.

Este fue el descubrimiento de Zaqueo, uno de los ricos a quien Jesús interpeló y convirtió. Al reconciliarse con Dios y con los hombres a los que explotaba, Zaqueo comparte su dinero con ellos como signo de esa reconciliación y fraternidad restauradas (Lc 19,8).

La Iglesia siempre entendió que la reconciliación fraternal que ella está llamada a crear entre los hombres, debe llevarlos a compartir las riquezas y a reivindicar el trabajo de los que las producen. Esta condición eclesial se ha hecho enseñanza permanente y al mismo tiempo oración ferviente en la Eucaristía, la fuente de toda reconciliación.

En la Eucaristía, el cuerpo y la sangre de Cristo que se entregan para reconciliar a los hombres con Dios y entre sí, se ofrecen bajo los signos del pan y del vino, que representan "el fruto de la tierra y del trabajo del hombre" (oración del Ofertorio)

Para la Iglesia la reconciliación eucarística supone que esa reconciliación comience por hacer justicia con los bienes de la tierra y con el trabajo humano. Esta reconciliación en la justicia significa que las riquezas se repartan para que alcancen y sirvan a todos, y que el trabajo recupere su dignidad y su primacía sobre el lucro.

"Aprovechen del maldito dinero para hacer amigos" (Lc 16,9)

¿El dinero es de hecho fuente irremisible de iniquidad, a pesar de la intercesión eucarística de la Iglesia? ¿Las riquezas son malditas, como parecería desprenderse de las palabras de Jesús y de la actitud de muchos santos? Para el cristiano ello equivale a preguntarse sobre las condiciones de redención del dinero y la riqueza. Creemos en la posibilidad de liberación de toda realidad, causa de Cristo que asumió toda la condición humana no para condenarla sino para salvarla (Jn 3, 17). Jesús no sólo condenó el señorío del dinero. En su enseñanza también se advierte la clave de su redención. Esta clave está en la misma línea de la liberación del poder, pues el dinero es una forma de poder, y como tal su uso no es legítimo si no está al servicio del designio de Dios, de justicia y fraternidad. La riqueza se redime cuando está históricamente al servicio de los pobres y desposeídos. La riqueza privada, social o internacional, se legitima como medio de caridad fraterna y de liberación social.

Los ricos que en el Evangelio encontraron gracia delante de Jesús fueron los que pusieron su riqueza al servicio del hermano necesitado. El caso típico es Zaqueo, como ya lo mencionamos (Lc 19,8), cuyo episodio con Jesús no es marginal en el Evangelio, sino que queda como modelo del rico convertido.

La parábola del Buen Samaritano nos trae el mismo mensaje. La caridad del Samaritano con su hermano necesitado, que Jesús estableció como modelo de amor al prójimo encierra enseñanzas muy ricas y complejas. En la parábola se nos ordena superar toda discriminación de personas (judío - samaritano); pasar de la compasión a los hechos; asumir todos los sacrificios de la caridad; desprendernos gratuitamente del dinero para aliviar plenamente al hermano oprimido. El samaritano contaba con recursos económicos (no sabemos hasta donde), que pone al servicio del herido y despojado. "Cúidalo, lo que gastes de más yo te lo pagaré a mi vuelta" (Lc 10,35).

Igualmente en la misteriosa parábola del administrador astuto (Lc 19,1-9), Jesús nos hace ver cómo un hombre sin escrúpulos financieros tiene siempre posibilidad de salvación si transforma su corrompida posición de poder económico en un servicio a los necesitados y explotados. Así, "el maldito dinero" se redime y "nos hace amigos en las vivencias eternas" (Lc 16,9).